

Otro escritor afirma asimismo que perpetuó también la memoria de este hecho cierta inscripción que había en el claustro donde la tradición dice que fueron enterrados, — y que sin duda por esto se llamará *claustro de los mártires*, — la que con caracteres algo borrados por algunas partes se leía en una gran piedra que existía en el mismo:

Venid todos al juicio. En esta parte del claustro están doscientos monges que murieron por la fé de nuestro redentor Jesucristo y fueron degollados feria quarta..... salus..... A..... e.. in soldados de Cristo siempre vive...., si monjes, vuestros huesos reverdecen como la yerba (1).

Desde esta época empiezan á testificar las escrituras de Cardaña los privilegios y mercedes con que la han favorecido nuestros soberanos, mercedes y privilegios que aumentaron extraordinariamente desde el momento en que San Pedro de Cardaña abrió un día sus puertas á una lujosa pero fúnebre comitiva, y admitió en su seno la tumba y las cenizas de un hombre grande entre los grandes, héroe entre los héroes.

Fué esta tumba la del Cid.

Acaso no me perdonarian los lectores que olvidara aquí la caballeresca historia de Don Rodrigo Diaz de Vivar, mayormente cuando tan íntima relación guarda con el monasterio que nos ocupa.

Es la perla de nuestras baladas.

Oidla pues. Qué importa que ya lo sepais? Qué importa que otros escritores, mas galanamente de lo que hacerlo pueda mi pluma, os lo hayan ya contado? la balada del Cid será siempre oída con gusto mientras exista un corazón español y leída con placer sea cualquiera la forma con que se la vista.

(1) Lo que lleva puntos suspensivos está borrado. Como se conocerá por su lenguaje misto, esta inscripción es muy posterior.

II.

SIN MIEDO Y SIN TACHA.

Qué es esto? qué tiene? porque está triste Diego Laynez? Su casa es fidalga y rica, mas antigua que la de Iñigo Abarca, su solar es espejo de nobles caballeros y su edad avanzada, su blanca cabellera y su nevada barba le hacen centro de los respetos y de las atenciones. Y sin embargo,

no puede dormir de noche,
ni gustar de las viandas,
ni alzar del suelo los ojos,
ni osa salir de la sala,
ni fabla con sus amigos;
antes les niega la fabla,
temiendo que les ofenda
el aliento de su infamia.

Un caballero de la corte, hidalgo, altivo y orgulloso, el que todos llaman el conde Lozano, se ha atrevido á hacerle una de esas injurias que solo se lavan con sangre. Sin respeto á su ancianidad, — maldiga Dios al que afrenta á un anciano! — ha puesto la mano sobre su rostro venerable y con su mano ha caído el deshonor sobre la frente de Diego Laynez.

El buen viejo sufre viéndose sin fuerzas para tomar venganza. Así es que un día envía á buscar á sus tres hijos, y sin abrir los labios les estrecha á cada uno las manos, pero no se las aprieta ni con cariño ni con dulzura, sino con rábia y con corage. Por esto es que los dos primeros le dicen:

— Por Dios, padre, que nos sueltes estas manos, que segun lo que aprietas, intentas destrozarlas.

Así le hablaron los dos mayores, pero cuando llega á Rodrigo, su hijo tercero, este se hace atrás con violencia, y desprendiendo su diestra de las manos en que, cogida como con unas tenazas, la tenia su padre, exclama furioso:

Soltedes, padre, en mal hora,
soltedes en hora mala,
que á no ser padre, no hiciera
satisfaccion con palabras;
antes con mis propias manos
vos sacara las entrañas,
faciendo lugar mi brazo
en vez de puñal ó daga.

Lágrimas del mas puro gozo se desprenden de los labios del anciano al oír estas briosas palabras, y abriéndole sus brazos estrecha contra su corazon al enojado Rodrigo.

— O mi Rodrigo! agrádame tu fiereza, y esa juvenil indignacion que muestras, muéstrala en la venganza de mi honor perdido, de mi alcurnia en mi rostro mancillada.

Pensativo se ha quedado el jóven luego que ha partido su padre, pero su meditacion es corta. Matará al conde para vengar al anciano. Pide justicia al cielo, pídele campo abierto á la tierra, y al tomar esta resolucion no cura de su niñez, que bien sabe que el hijo de un fidalgo está destinado desde su cuna á morir por su honra y por su patria.

Acércase á la pared de donde pende la espada de Mudarra el castellano, la descuelga orgulloso y, contemplándola con cierto respeto, así le dice antes de ceñírsela:

— Ven á vengar mi honra ofendida, espada de Mudarra! Ven, y en verdad te digo que no te avergüences de verte asida por la mano de un niño, que me has de hallar en el campo, espada; tan leal y brioso como el primero, tan fuerte como el que mas.

Oh! no, no temas verte vencida, y si acaso lo fueras, si acaso llegara á succumbir tu vieja gloria, entonces, yo te lo juro, mi pecho te servirá de vaina, que hasta la cruz te esconderé en mi seno.

Así le dice Rodrigo á la espada que un dia empuñó el noble Mudarra, y, ciñéndosela, parte en busca del conde Lozano al que nó tarda en encontrar.

— Por Dios, padre, que según lo que apricias
Non es de sesudos homes
nin de infanzones de pró
facer denuesto á un fidalgo

que es tenuto mas que vos.

Non los fuertes barraganes
del vueso ardid tan feroz
prueban en homes ancianos
el su juvenil furor.

Non son buenas fechorías
que los viejos de Leon
fieran en el rostro á un viejo
y no el pecho á un infanzon.

Mas fecho feisteis, conde,
yo vos repto de traidor....

Así le habla al conde el entusiasta Rodrigo, brotando cólera á un tiempo por los ojos y los labios. El conde mira con desden al jóven en cuya barba apenas apunta el bozo, al niño que no teme en retarle á singular combate, á él envejecido en las batallas, y acepta. Las espadas se cruzan. Dios ayude á la buena causa!

En el interin, Diego Laynez, retirado en el fondo de su estancia, ha apoyado sus codos sobre una mesa, ha dejado caer su frente entre ambas manos y al propio tiempo que el llanto corre de sus ojos, el rezo brota en sus labios.

Desusado rumor suena de pronto en su palacio, fuerte ruido de pisadas se oye en el corredor vecino, la puerta se abre de par en par y Rodrigo aparece en el umbral, llevando asida de la melena una cabeza que mana sangre. Es la del conde Lozano.

— Padre y señor, — esclama el jóven, — brille el gozo en vuestro semblante y alzád ya serena la faz. Si muerta estaba, señor, vuestra honra, mi brazo os la ha resucitado. Vengado estais ya: esta cabeza os lo prueba. La razon ha combatido conmigo, y la razon ayuda siempre al que con ella y por ella combate.

Cree soñar el buen viejo; apenas acierta á hacerse cargo de lo que mira.

— Hijo, hijo del alma! mi corazon se abre de placer y de ventura. Bendito sea el dia en que mi honra has vengado!

Siénta á yantar, el mi fijo,
dó estoy á mi cabecera
que quien tal cabeza trae,
será en mi casa cabeza.

Sentado se halla el señor rey en su labrada silla de respaldo, dispuesto á

juzgar desavenencias de sus mal regidas gentes. Su semblante resplandece de gozo y sus ojos chispean de júbilo. Es que le ha sido dada una buena nueva.

Cinco reyes moros habian entrado en Castilla pasándolo todo á sangre y fuego, talándolo todo desde Burgos á Belforado, desde Nájera á Logroño. Háblalo sabido Rodrigo, el jóven castellano de Vivar, el matador del conde Lozano y cabalgando sobre Babieca, su caballo de batalla, y llamando á sí á todas las gentes de sus tierras, habia caido sobre los moros, puéstoles en fuga y tornado á su castillo con los cinco reyes prisioneros.

Todas las bocas loaban al jóven que, teniendo apenas veinte años, tal empresa acometiera. Todos murmuraban con entusiasmo el nombre de Rodrigo el de Vivar.

Esta es la nueva que habia recibido el señor rey y que iluminaba su rostro de contento. Así es que, con mas ardor que nunca, juzgaba á sus vasallos y ya era para el uno dadivoso, ya para el otro justiciero, ya premiaba al bueno con mercedes, ya con severos castigos corregia al malo.

A terminar iba la audiencia, cuando, lentos y pausados, entran en la estancia hasta veinte fidalgos enlutados, escuderos todos de Jimena, la hija del conde que pereciera á manos de Rodrigo. Tras de los escuderos, la misma Jimena se adelanta arrastrando luengas vestiduras de luto y cubierto su hermoso rostro con negro velo.

Confuso el rey ve con cierto sobresalto acercársele aquella enlutada figura.

Jimena se ha puesto de rodillas en los estrados.

— Señor rey, largo tiempo hace ya que murió mi padre herido por un mozo sobre cuya cabeza no ha caido aun la pesada mano de tu justicia. Cuatro veces he venido hasta tus piés y en todas, señor rey, he alcanzado prometimientos pero nunca venganza. Don Rodrigo de Vivar, ese rapaz orgulloso, es quien tiñó su espada en la sangre nuestra, es quien mató á un caballero el mejor entre los mejores, columna de la fé, terror del enemigo y tu leal consejero un dia.

Con mancilla vivo, rey,
con ella murió mi madre,
cada dia que amanece
veo al que mató á mi padre,
caballero en un caballo,
y en su mano un gavilane:
por facerme mas despecho

cébalos en mi palomare:
mátame mis palomillas
criadas y por criare,
la sangre que sale de ellas
teñido me ha mi brial,
envioselo á decire,
enviame á amenazare;
rey que non face justicia
non debiera de reinare,
nin cabalgar en caballo,
nin con la reina fablare,
nin comer pan á manteles
ni menos armas armare.

— Oh! callad, Doña Jimena, — le contesta el rey, — que á duelo muéveme vuestro llanto y daño me hacen vuestras palabras. Idos, señora, en buen hora, y fiad en mi justicia que os la he de dar cumplida. Caballero es Don Rodrigo de los mejores de mi corte y vos descendéis de los que con Pelayo tremolaron en la sierra sus pendones. Sea la mejor venganza la mano de esposo que yo haré que os dé mi noble Don Rodrigo. Huérfana os dejó su espada; amparo os dé su mano.

Dice el rey, y la noble Jimena se levanta satisfecha.

Algunos dias se han pasado, y Burgos se despierta entre bulla y algazara. Don Rodrigo de Vivar, cediendo á los deseos del rey, dá su fé y su mano á la huérfana Jimena, y el rey trata de solemnizar con júbilo y festejos el enlace del mejor caballero de sus reinos, del que ha ganado ya á los moros tantas batallas y ha hecho á cinco reyes tributarios.

Qué hermosa es la pareja! qué bellos y que galanes están los novios!

Mirad, ved á Rodrigo. Viste un rico jubon de raso columbino con calza colorada; el bohemio es de paño negro guarnecido de raso, lleva jaqueta de raja con mucho brahon y faldetas cortas, un cinto tachonado con cabos de plata, zapatos de seda amarillos, abiertos y acuchillados, un collar de piedras de oro, la gorra con plumas, y á su lado cuelga su espada Tizona con vaina y tiros de morado terciopelo.

Y ella! mirad, ved á Jimena. Su jubon es de la mas fina grana con fajas de terciopelo y bordados como la vasquiña, que ha sido regalo de su rey. Un pulido ceñidor muestra sus ricos cabos de plata, su manto es de cortray y en su cuello brilla un collar formado de ocho medallones y adornado de una imájen del arcángel San Miguel. Sus rubios cabellos, hechos un cordon de oro, van sujetos á la espalda realzando la hermosura y la belleza de su rostro.

Ay! quien fuera Rodrigo! dicen los mozos al mirar á Jimena.

Oh! quien fuera Jimena! dicen las damas al mirar á Rodrigo.

Ninguna fama vale lo que la fama de Rodrigo, ningun nombre oscurece su nombre. En el consejo y en el combate, en palacio y en el campo, el castellano de Vivar reina solo y sin rivales.

Coimbra ha caido en poder de Fernando, y en su iglesia ha armado caballero á Don Rodrigo, dándole la reina el caballo y las espuelas la infanta Doña Urraca.

Desde entonces todo cede al de Vivar. Su nombre basta á hacer fugar á los moros, los castillos se le abren, las ciudades se le entregan, los reyes sarracenos se le rinden, el ejército del papa se le humilla y los franceses le rinden vasallaje. Es tan innumerable el número de sus victorias como los granos de arena que lleva el viento del desierto en sus torbellinos de polvo.

En Zamora se halla Don Rodrigo do ha ido á cortes llamadas por el rey Fernando, cuando ve entrar y llegar hasta sus plantas los mensajeros que le envian sus reyes tributarios.

—Cid (1), le dicen—á tí nos envian siete reyes que son tus vasallos á pagarte su tributo debido, y en prenda de amistad te mandan á mas cien corceles, veinte blancos como armiños, veinte rucios rodados, treinta alazanes y otros treinta morcillos, todos con diversos paramentos y con guarniciones varias. Tambien envian á tu esposa Doña Jimena y á tus hijas Doña Sol y Doña Elvira, cofres llenos de sedas, dos ricos jacintos y muchas joyas y tocados.

Don Rodrigo contestó:

—Errados vais en verdad, que yo no soy señor allí donde está el señor rey Don Fernando. Suyo es todo esto y no mio. Cómo serlo pudiera si soy su mas humilde siervo?

Los mensajeros besan la mano al de Vivar y parten á ver al rey que agradece la humildad de Don Rodrigo y de esta manera les habla:

—Decir podeis á vuestros dueños que, aunque no es rey su señor, todo se lo debe el rey, porque cuanto posee su valor se lo ha conquistado. Señor es un vasallo como Rodrigo á quien tantos reyes rinden paria y por señor le aclaman.

(1) Señor.

Desde entonces ya no se llamó de otro modo á Don Rodrigo que el Cid Ruy Diaz de Vivar. Cid le apellidaron los moros, Cid los castellanos.

Don Fernando ha muerto. Viva Don Sancho!

Sobre Zamora está el nuevo rey, sobre Zamora cuyas almenas contra él defiende su hermana Doña Urraca.

No tiene Don Sancho vasallo mas leal ni noble mas adicto que el Cid. Muchas batallas le ha ganado, traído le ha varios reyes cautivos, dado le ha no pocas villas y ciudades, que para él, y tremolando su pendon, ha conquistado.

A toda costa quiere Don Sancho apoderarse de la villa y ha llevado á su campamento sus mejores caballeros.

Montado en su caballo de batalla y seguido del Cid, el rey examina las fortificaciones.

Don Rodrigo le dice:

—Guarnecida se halla de fuertes muros, armada está sobre peña y coronada de torres.... El Duero lame su pié sirviéndola de foso. Serian precisos para apoderarse de esta plaza mas soldados de los que sostener puede la tierra.

—Oh! —dice Don Sancho— si mi hermana quisiera cederme Zamora, yo le daria en cambio la mitad de mi reino. Escuchad, Cid Campeador,—añade el rey,—yo le juré al rey mi padre faceros cumplida merced. Por esto os fice mayor de mi casa, y tanta tierra os tengo dada que vale mas que el mejor condado de Castilla. Rehusariais, Rodrigo, hacer algo en mi obsequio?

Don Rodrigo besa la mano de su príncipe á estas palabras y promete hacer todo lo que le mande.

—Ruégoos, pues, que vayades á Zamora, una bandera de paz en la mano, que habléis con Doña Urraca y le digais de darme la villa. En cambio yo le daré oro en abundancia, ciudades, vasallos, en una palabra, darle he por Zamora á Medina de Rio Seco, Villapando y su tierra ó bien mi noble Valladolid si lo prefiere. Decidle que añadiré mi gran castillo de Piedra y que doce de mis mas grandes vasallos jurarán conmigo cumplir lo que prometido le haya.

—Y si rehusa Doña Urraca?—dice el Cid.

—Entonces advertidla que yo la tomaré de fuerza lo que ella no quiera darme de grado.

Don Rodrigo ha partido para Zamora, seguido de quince caballeros cuyas armas lucen al sol despidiendo chispeantes rayos.